

DR. DAVID JEREMIAH

AUTOR BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*



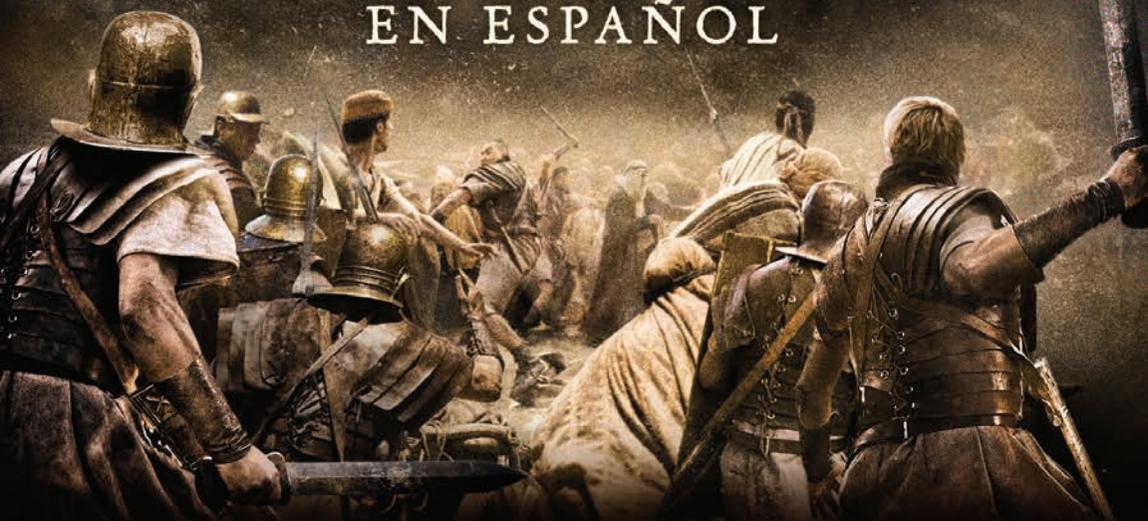
BASADA EN EL EVENTO TELEVISIVO DE LA CADENA NBC

LA CRUCIFIXIÓN FUE SÓLO EL COMIENZO.

— LA —
REVOLUCIÓN
QUE CAMBIÓ AL MUNDO

A.D.

THE BIBLE CONTINUES
EN ESPAÑOL



*Una exploración narrativa de los personajes,
la cultura y el conflicto que avivó el ascenso de la Iglesia del primer siglo*

A.D.

THE BIBLE CONTINUES
EN ESPAÑOL

+ + +

LA REVOLUCIÓN QUE CAMBIÓ AL MUNDO

DR. DAVID JEREMIAH

AUTOR BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*



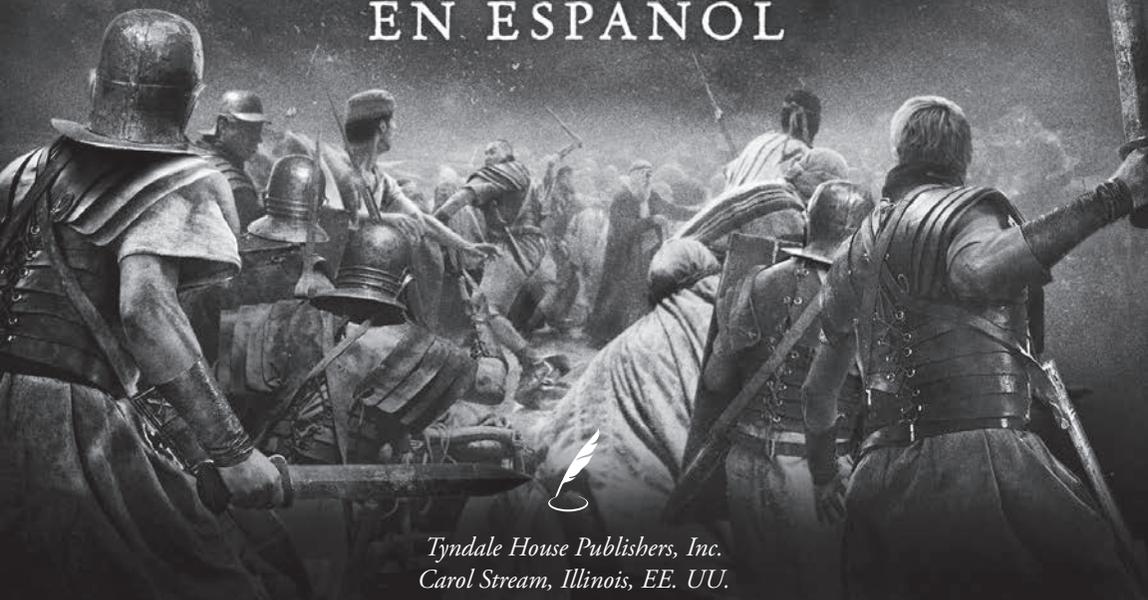
BASADA EN EL EVENTO TELEVISIVO DE LA CADENA NBC

LA CRUCIFIXIÓN FUE SÓLO EL COMIENZO.

— LA —
REVOLUCIÓN
QUE CAMBIÓ AL MUNDO

A.D.

THE BIBLE CONTINUES
EN ESPAÑOL



Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

ShareADTheSeries.com

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

A.D. The Bible Continues EN ESPAÑOL: La revolución que cambió al mundo

© 2015 por LightWorkers Media, LLC.

© 2015 por David P. Jeremiah.

Originalmente publicado en inglés en 2015 como *A.D. The Bible Continues* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4964-0795-5.

Fotografías usadas con el permiso de LightWorkers Media, LLC. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor tomada por Alan Weissman, © 2011. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jennifer Ghionzoli

Edición del inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Luz Marina Cadena Arias

Edición del español: Charles M. Woehr

Publicado en asociación con la agencia Yates & Yates (www.yates2.com).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, NVI®. © 1999 por Biblica, Inc.* Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

ISBN 978-1-4964-0815-0

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

21 20 19 18 17 16 15
7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO



INTRODUCCIÓN *Antes de que existiera un A.D.* ix

CAPÍTULO 1 El día que Dios murió 1

CAPÍTULO 2 De la pena a la gloria 21

CAPÍTULO 3 Viento y fuego 41

CAPÍTULO 4 Oportunidad y oposición 61

CAPÍTULO 5 Hipócritas y héroes 81

CAPÍTULO 6 La muerte de un siervo 99

CAPÍTULO 7 El predicador ambulante 119

CAPÍTULO 8 El hombre que vio la luz 137

CAPÍTULO 9 Comienzos tormentosos 155

CAPÍTULO 10 La vida que Dios bendice 173

CAPÍTULO 11 Una pared se derrumba 189

CAPÍTULO 12 Por todo el mundo 207

Epílogo 225

Notas 227

Acerca del autor 231

INTRODUCCIÓN

ANTES DE QUE EXISTIERA UN A.D.

+ + +

La historia previa a una
revolución que cambió al mundo

Hoy vivimos en la era d. C., que significa «después de Cristo». En inglés se usa A.D., del latín *anno Domini*, o «en el año de nuestro Señor». El término en latín fue acuñado en el siglo VI, cuando un monje escita llamado Dionisio el Exiguo introdujo un sistema de numeración de los años, utilizando el nacimiento de Cristo como punto de partida para el año uno. Calificó los años antes del nacimiento de Cristo como a. C., que significa «antes de Cristo». Este método de calcular el tiempo se propagó y ha sido utilizado desde entonces. Así, el nacimiento de Cristo es reconocido por nuestro calendario como el punto central de la historia mundial.

Las designaciones alternativas para marcar el tiempo, tales como e. c., que significa «era común», y a. e. c., «antes de la era común», son exactamente paralelas a las designaciones a. C. y d. C. Aunque los términos son diferentes, el sistema de numeración es el mismo, por lo que el año 2015 e. c. es también el año 2015 d. C. Pero incluso si las referencias a «nuestro Señor» y «Cristo» se eliminan, esto no cambia el hecho de que la venida de Cristo fue un evento decisivo. Se sitúa acertadamente en el centro de nuestro cómputo del tiempo, con los

años extendiéndose tanto hacia atrás como hacia adelante, retrocediendo al pasado y avanzando al futuro. Evidentemente, la venida de Cristo es, y siempre será, el evento más significativo, sorprendente y transformador de la historia del planeta Tierra.

Esta transformación que Cristo efectuó fue revolucionaria en el verdadero sentido de la palabra. Él levantó una bandera de resistencia contra la tiranía del mal que había invadido la tierra en el Edén y llamó a toda la humanidad a unirse a él en una marcha hacia una victoria segura. Fue un movimiento que puso al mundo al revés.

La mayoría de la gente en el mundo occidental al menos conoce a grandes pinceladas quién era Jesús. Su nacimiento es celebrado cada Navidad, sus parábolas son bien conocidas y algunos de sus dichos son parte de nuestra lengua vernácula. Pero la parte más revolucionaria de su vida se revela en su crucifixión y resurrección. Fue por esto que él vino, y esto es lo que provocó la revolución. Estos eventos eliminaron la barrera del pecado entre las personas y Dios. Después de su resurrección, Cristo instruyó a sus discípulos a que difundieran a todas las naciones la noticia acerca de la salvación que él ofrece.

Este libro cuenta la historia de la diligencia, la dedicación y las dificultades que sus discípulos enfrentaron al llevar a cabo esta misión de llamar a la gente a darle la espalda al pecado y seguir a Cristo. En resumen, es la historia del movimiento de resistencia más grande del mundo, la iglesia cristiana. Explora la fundación de la iglesia, su razón de ser, sus duros comienzos y las raíces profundamente arraigadas que le permitieron convertirse en lo que es hoy. En otras palabras, estas páginas mostrarán por qué los siglos desde el nacimiento de Cristo son llamados d. C. —después de Cristo— los años en que el mundo fue completamente revolucionado por la venida de nuestro Señor.

La historia original de los comienzos de la iglesia se encuentra en los primeros once capítulos del libro de los Hechos, en el Nuevo Testamento. (Hechos es la abreviatura de «Los Hechos de los apóstoles»). El libro que usted sostiene ahora vuelve a contar esa historia

en forma dramática. Cada incidente es relatado con gran atención a la exactitud bíblica, pero sus relatos se han ampliado para dar vida al drama que sin duda estuvo presente en los acontecimientos reales. Este recuento incluye ciertas suposiciones acerca de lo que los personajes podrían haber hecho o pensado en diversas situaciones, basadas en los hechos bíblicos y el contexto histórico que iluminan algunos espacios vacíos entre esos hechos.

Además de relatar la historia de la iglesia, cada capítulo ofrece un vistazo de lo que significan esos acontecimientos históricos para nosotros hoy en día. La revolución que dio forma a la iglesia no está limitada al primer siglo; proporciona inspiración e información que nos puede beneficiar en el aquí y el ahora.

LA MENTALIDAD A. C.

Los eventos, el entorno y las actitudes descritos en el libro de los Hechos fueron moldeados por siglos de creencias judías, maneras de pensar, tradiciones, tensiones y conflictos. Podemos comprender mejor la historia si sabemos algo del contexto histórico. Estos tres puntos claves ofrecen un breve resumen de la historia de Israel, proporcionando el trasfondo necesario para comprender los acontecimientos descritos en este libro.

Una nación especial con un propósito especial

La historia de la nación de Israel comenzó en el siglo xx a. C., cuando Dios llamó a un hombre de nombre Abraham (inicialmente Abram) y lo guió fuera de Mesopotamia a la tierra de Palestina, en el extremo oriental del mar Mediterráneo. Dios prometió a Abraham que él haría de sus descendientes una gran nación y que a través de él todas las naciones de la tierra serían bendecidas (Génesis 12:1-7). Como primer paso en el cumplimiento de esa promesa, Abraham se convirtió en el fundador de la nación de Israel.

Esta creciente nación soportó cuatro siglos de esclavitud en

Egipto hasta que el gran líder Moisés los condujo a la libertad. Él les dio un conjunto de leyes escritas por Dios mismo, cubriendo la dieta, la higiene, el cómo relacionarse, las propiedades y los rituales. Entonces Moisés llevó a los israelitas a la tierra que Dios le había prometido a Abraham. Muchos años después, Israel se convirtió en una estrella brillante entre las naciones del Medio Oriente bajo el gobierno del gran rey David y de su hijo Salomón. Pero inmediatamente después de la muerte del rey Salomón, la nación comenzó a decaer vertiginosamente.

Una causa principal de la caída fue la tendencia al exceso que tenía Salomón. Él comenzó su reinado con humildad y sabiduría, dedicándose a la construcción del templo, que fue una de las maravillas del mundo antiguo. Pero a medida que la nación crecía en prosperidad, derrochó su dinero en palacios, caballos, carros, sirvientes, fiestas y muchas otras extravagancias. Mantuvo un harén de mil mujeres, principalmente para construir alianzas con otras naciones, y permitió que esas mujeres establecieran lugares de culto a sus dioses extranjeros.

Declive y caída

Después de la muerte de Salomón, la nación de Israel se dividió en dos cuando las diez tribus del norte se rebelaron contra los elevados impuestos. Esas tribus conservaron el nombre de Israel, mientras que las dos tribus del sur, Judá y Benjamín, tomaron el nombre de la tribu dominante, Judá. La adoración de ídolos, introducida en el país por las esposas de Salomón, echó raíces y comenzó a hundir a ambas naciones en una espiral de decadencia y declive. Las tribus del norte decayeron rápidamente, y en el año 722 a. C. fueron conquistadas y deportadas por los asirios. Ellos nunca volvieron a existir como nación. Judá duró casi un siglo y medio más, pero en el año 586 a. C. los babilonios los conquistaron y los deportaron a Babilonia, una ciudad situada en lo que hoy es Irak.

Los judíos reaccionaron a la desastrosa caída de su nación restableciéndose espiritualmente. Se arrepintieron de sus pecados y, en la humillación del cautiverio, empezaron un serio intento por obedecer las leyes de Dios. Encontraron consuelo en las predicciones de sus profetas de que un Mesías vendría y los liberaría de sus enemigos, llevándolos a una gloriosa época que sobrepasaría grandemente a la de David y Salomón.

El libertador profetizado

El Tanaj judío (lo que los cristianos llaman el Antiguo Testamento) contenía más de 350 profecías concernientes al Mesías prometido. Isaías, quien profetizó durante los años del declive de Israel y Judá, previó muchos detalles sobre este libertador venidero, incluyendo su nacimiento virginal, linaje, ministerio, rechazo, sufrimiento, muerte y resurrección.

Una recurrente profecía en particular dio a los judíos ese sentimiento de ser tan especiales, que tan a menudo enfurecía a quienes los rodeaban. Los profetas predijeron que este gran Mesías no solo liberaría y gobernaría a Israel, sino que también extendería el gobierno de Israel a todo el mundo. El profeta Daniel escribió:

¿QUÉ SIGNIFICA EL TÍTULO *MESÍAS*?

Mesías es la traducción al español de la palabra hebrea *mashiach*, que se refiere a un sumo sacerdote o rey cuyo reinado comenzó mediante la unción ceremonial con aceite. Sencillamente, significa «el ungido». La palabra pronto llegó a significar un libertador o salvador de una nación o un grupo de personas. En el Antiguo Testamento, el término se aplica con frecuencia a la venida del libertador de Israel, quien rescataría a los judíos de la esclavitud y la opresión.

«Durante los gobiernos de esos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido o conquistado. Aplastará por completo a esos reinos y permanecerá para siempre» (Daniel 2:44). Con base en esta y otras profecías similares, los judíos creían que bajo el gobierno del Mesías prometido ellos estaban destinados a gobernar el mundo entero.

Los medo-persas conquistaron Babilonia y le permitieron a los judíos cautivos regresar a su patria y reconstruir Jerusalén. Pero aún no era el tiempo adecuado para que la nación cumpliera su futuro profético glorioso o siquiera alcanzara la gloria de su época de oro bajo David y Salomón. La nación judía continuó siendo invadida por una nación tras otra. La próxima vez fueron conquistados por los griegos en el año 332 a. C. y luego por los romanos en el 63 a. C.

Los romanos dividieron el territorio judío en tres provincias: Judea (el nombre griego de Judá) al sur, Galilea al norte y Samaria en el medio. Galilea fue gobernada por reyes títeres del linaje de Herodes el Grande, y Judea fue regida por un gobernador nombrado por los romanos.

Este era el estado de la nación judía en el año 33 d. C. cuando comenzó la revolución que se describe en este libro. Fue el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham y a la nación de Israel: la nación que Dios había levantado para traer a Jesús el Mesías al mundo.

El Mesías estaba a punto de poner al revés al mundo que se conocía hasta entonces. ¿Quién estaría listo?

CAPÍTULO I

EL DÍA QUE DIOS MURIÓ



Cómo la nación elegida por
Dios asesinó a su propio rey

Mateo 26–27; Marcos 14–15; Lucas 22–23; Juan 18–19

PONCIO PILATO TENÍA un dilema en sus manos. Era la semana de la Pascua, la semana santa judía, y Jerusalén, una ciudad de casi cincuenta mil habitantes, estaba repleta de unos ciento cincuenta mil celebrantes de naciones del Medio Oriente y del Mediterráneo. Como gobernador romano de Judea, Pilato tenía buenas razones para preocuparse. Desde que los romanos habían conquistado la ferozmente independiente nación de Israel en el 63 a. C., las insurrecciones eran una amenaza constante ya que grupos de zelotes nacionalistas, frustrados bajo la ocupación romana, se levantaban con frecuencia para desafiar a sus conquistadores.

La inestabilidad en el ambiente era palpable. Tal afluencia de gente era difícil de manejar bajo las mejores condiciones, pero en esta Pascua en particular en el año 33 d. C., la tensión se había incrementado en varios grados por los rumores de que el rabino de

los milagros llamado Jesús estaría presente. Muchos judíos pensaban que este hombre era el tan esperado Mesías. Lo último que Pilato quería era que un informe llegara al César de que él había permitido una rebelión contra la autoridad romana en esta región ya de por sí explosiva. Así como lo hacían los procuradores romanos en cada festival judío, Pilato trajo a cientos de soldados romanos a Jerusalén para hacer cumplir el orden.

El Concilio Supremo, un selecto grupo de gobernantes judíos conocido como el Sanedrín, creía que un Mesías vendría, y estaban a la espera de su llegada. Pensaban que quien los liberaría de sus opresores sería un gobernante poderoso, un hombre con influencia religiosa y política. Este Jesús no llenaba sus expectativas. Nacido en el anonimato a padres pobres, no tenía educación formal, parecía ser nada más que un predicador callejero itinerante, y se mezclaba con el populacho: no solo con los pescadores comunes, comerciantes y

LA PASCUA

La Pascua es un festival anual que debe su nombre a un evento que ocurrió en el siglo XIII a. C. cuando los israelitas eran esclavos en Egipto. Moisés le había advertido al terco faraón que si no liberaba a los israelitas, Dios le causaría la muerte a cada primogénito de Egipto. Para asegurar la salvación de los israelitas, Dios les ordenó que cubrieran los dinteles de las puertas de cada casa con sangre de cordero. De esta manera el ángel de la muerte «pasaría de largo» cada casa marcada, librando al primogénito dentro de ella. En la noche de la Pascua, los primogénitos de aquellos que estuvieron protegidos por la sangre del cordero se salvaron, mientras que los primogénitos egipcios perecieron. A raíz de semejante pérdida, el faraón finalmente cedió y permitió que los israelitas salieran de Egipto. Por primera vez en más de cuatrocientos años, eran un pueblo libre.

EL CONCILIO SUPREMO

El Concilio Supremo, también conocido como el Sanedrín, era el consejo de gobierno judío compuesto por setenta hombres escogidos entre los principales sacerdotes, los escribas (hombres altamente educados en la ley judía) y los ancianos de Judea. El sumo sacerdote se desempeñaba como líder del grupo. El Concilio Supremo arbitraba el derecho penal, civil y religioso. Tenía su propia fuerza policial y podía infligir castigos como encarcelamiento, multas y flagelación. Pero al consejo judío le estaba prohibido imponer la pena de muerte, la cual solo podía ser administrada por el gobernador romano.

traidores recaudadores de impuestos, sino también con reconocidos pecadores como prostitutas y personas ceremonialmente impuras, incluyendo a los leprosos.

Los miembros del Concilio Supremo se sentían frustrados por Jesús, quien parecía no tener respeto por las tradiciones de los líderes religiosos y, a sus ojos, ningún respeto por la ley de Moisés. Estaban particularmente indignados por sus aparentes violaciones a las normas del día de descanso. Uno de los diez mandamientos es «Acuérdate de guardar el día de descanso al mantenerlo santo» (Éxodo 20:8). Esto significaba que ningún trabajo debía hacerse en el séptimo día de la semana. Los líderes judíos habían incrustado en la sencilla ley una montaña de restricciones que sepultaba el día de descanso en el legalismo. Y entonces llegó Jesús, violando flagrantemente los estatutos impuestos por ellos al sanar a enfermos y al arrancar puñados de grano para que sus discípulos comieran en ese día.

Para colmo de males, estos líderes judíos veían a Jesús como un

blasfemo. Cuando él hizo afirmaciones que indicaban que se veía a sí mismo como Dios, los líderes judíos no necesitaron más pruebas en su contra. El aparente desprecio e irreverencia se ajustaban perfectamente a la definición de blasfemia. El hereje debía morir.

Pero había obstáculos. Jesús se había vuelto inmensamente popular con la gente. Se los había ganado con sus milagros y curaciones, junto con sus enseñanzas vívidas, que proporcionaban un entendimiento más profundo que el que habían escuchado antes. Las personas estaban acercándose en masa a esta figura polémica y estaban escapando del control del Concilio Supremo. Se estaba haciendo evidente que él era una amenaza para su poder e influencia. Popular o no, Jesús tenía que irse.

El complot homicida del Concilio Supremo

Siguiendo la tradición de los rabinos judíos, Jesús se había rodeado de un pequeño grupo de hombres que lo seguían y que escuchaban sus enseñanzas. Al igual que los maestros de su época, los estaba entrenando para que continuaran el trabajo que él había comenzado. En los Evangelios, estos hombres son llamados *discípulos*, una palabra que significa «seguidor, estudiante o adherente». Al igual que otros que pensaban que Jesús era el Mesías, estos discípulos esperaban que él formara un ejército y expulsara a los romanos de su tierra.

Justo cuando la ira del Concilio Supremo contra Jesús escalaba hacia un plan para matarlo, ellos recibieron la oportuna visita de uno de los discípulos de Jesús, Judas Iscariote. Al final no fue muy difícil convencer a Judas de que le diera la espalda a su maestro. «¿Cuánto me pagarán por traicionar a Jesús?», les preguntó. Le ofrecieron treinta piezas de plata, y él puso a Jesús en sus manos.

Judas sincronizó su traición para que ocurriera cuando Jesús regresaba de orar en el huerto de Getsemaní después de celebrar la Pascua con sus discípulos. Se acercó a su maestro y lo saludó como es tradicional en el Medio Oriente, con un beso en cada mejilla. Este acto identificó a

Jesús ante la multitud de soldados y guardias que estaban al acecho entre las sombras. Cuando surgieron en masa para hacer el arresto, Pedro el compañero de Jesús asumió que la rebelión había comenzado. Sacó su espada y atacó a uno de ellos, cortándole una oreja (Juan 18:10).

Pero para sorpresa de Pedro, Jesús lo detuvo. «Guarda tu espada —le dijo Jesús—. Los que usan la espada morirán a espada» (Mateo 26:52). Jesús sanó la oreja del hombre con un toque milagroso (Lucas 22:51).

Pedro estaba escandalizado. ¿No habría ninguna rebelión? ¿Qué estaba tramando Jesús? Tan solo como una hora antes, Pedro había jurado permanecer con su maestro en las buenas y en las malas, diciendo, «Señor, estoy dispuesto a ir a prisión contigo y aun a morir contigo» (Lucas 22:33). Pero Jesús, sabiendo que Pedro había entendido mal la naturaleza de su misión, le respondió: «Pedro, déjame decirte algo. Mañana por la mañana, antes de que cante el gallo, negarás tres veces que me conoces» (Lucas 22:34).

JUDAS ISCARIOTE

Judas Iscariote era uno de los doce seguidores más cercanos de Jesús. Por ser el que entregó a Jesús en manos de sus enemigos, su nombre se ha convertido en sinónimo de «traidor». Ahora, ¿por qué se convirtió en un traidor uno de los amigos más cercanos de Jesús? El Evangelio de Juan indica que Judas fue motivado por la codicia. Era el tesorero de los discípulos y robó fondos de la bolsa de dinero (Juan 12:6). Lucas 22:3 ofrece una perspectiva adicional sobre su motivación: «Satanás entró en Judas Iscariote». Sin embargo, después de que Jesús fue condenado, Judas se sintió atormentado por la culpa y se ahorcó (Mateo 27:1-10). El libro de los Hechos añade detalles a lo narrado por Mateo acerca del suicidio de Judas. Nos dice que cuando Judas cayó de cabeza en un campo, «se le reventó el cuerpo y se le derramaron los intestinos» (Hechos 1:18).

En el momento del arresto de Jesús, todos menos dos de sus discípulos huyeron para salvarse la vida, cumpliendo una de las muchas profecías del Antiguo Testamento: «Mata al pastor, y las ovejas se dispersarán» (Zacarías 13:7). Pedro, sin embargo, no estaba entre los que se dispersaron. Aunque aturdido por el arresto inesperado de Jesús, estaba decidido a seguir a su amado maestro, a pesar del peligro para su propia vida. Siguió desde lejos mientras la policía del templo llevaba a Jesús a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, para enjuiciarlo.

Pedro observó desde el patio, calentándose las manos en una hoguera, cuando una criada lo reconoció.

«Tú eras uno de los que estaban con Jesús, el galileo», dijo (Mateo 26:69).

Pedro lo negó enfáticamente.

Pero otros alrededor del fuego lo reconocieron y repitieron la pregunta dos veces más. Con creciente vehemencia, Pedro afirmó cada vez que él ni siquiera conocía a Jesús. Inmediatamente después de la tercera negación de Pedro, un gallo cantó a la distancia. Pedro recordó la predicción de Jesús de que él caería en la deslealtad. Avergonzado y lleno de culpa, Pedro huyó de la escena y fue a ocultarse con los otros discípulos.

Dentro de la casa de Caifás, Jesús enfrentó el primero de los cinco juicios que soportaría. Caifás lo interrogó con dureza, pero Jesús no ofreció ninguna respuesta hasta que el sumo sacerdote dijo, «Te exijo, en el nombre del Dios viviente, que nos digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús respondió: «Tú lo has dicho» (Mateo 26:63-64).

Eso era lo único que necesitaba Caifás. En un ataque de ira, rasgó su túnica y acusó a Jesús de hablar blasfemia, lo cual, de acuerdo a la ley judía, era punible con la muerte. Caifás mandó a golpear a Jesús y luego lo envió al Concilio Supremo para un juicio oficial.

Este segundo juicio estuvo tan plagado de maniobras ilegales e injustas que nadie familiarizado con las costumbres judías pensaría

PEDRO

Pedro y su hermano Andrés fueron las dos primeras personas a quienes Jesús llamó para que fueran sus discípulos (Mateo 4:18). Ambos hombres eran pescadores en el mar de Galilea, un lago de agua dulce. Eran dueños de sus propias barcas y según todos los indicios, eran razonablemente exitosos. El nombre real de Pedro era Simón, una palabra que significa «Dios ha escuchado». Jesús le cambió el nombre a Pedro, que significa «roca». Este nombre nuevo indicaba el cambio que tendría este hombre al pasar de pescador a uno de los primeros y más grandes propulsores del cristianismo. Pedro era audaz y valiente pero a menudo impulsivo, como podemos ver en su precipitada reacción al cortar la oreja de un hombre durante el arresto de Jesús. Sin embargo, su amor por su maestro era fuerte y firme. Como veremos en capítulos futuros, Pedro finalmente vivió a la altura de su nombre nuevo.

que era legítimo. Enjuiciaron a Jesús de noche, lo cual estaba en contra de la ley judía. Asumieron que él era culpable desde el principio, lo cual también iba en contra de la ley judía. Contrataron falsos testigos para declarar contra él, un acto descaradamente ilegal en cualquier corte. Maltrataron a Jesús como prisionero, azotándolo y golpeándolo, y no le proporcionaron una defensa legal. Todo el juicio de principio a fin fue una parodia de la justicia.

El consejo judío, habiendo condenado a muerte a Jesús, pero careciendo del poder legal para ejecutarlo, lo envió al gobernador Pilato para su tercer juicio. Pilato, sin duda irritado por ser molestado tan temprano en la mañana con lo que él consideraba un asunto judío, comenzó a interrogar a Jesús. Pronto se dio cuenta de que los líderes judíos estaban buscando su muerte solamente por envidia, y les

dijo que no podía encontrar culpa alguna en Jesús. Pero los judíos insistieron en que su enseñanza había suscitado problemas tanto en Judea como en Galilea.

Cuando Pilato descubrió que Jesús era un galileo, pensó librarse del problema al enviarlo a Herodes, el rey títere que gobernaba Galilea, quien estaba en Jerusalén para la Pascua. Jesús enfrentó a Herodes en su cuarto juicio. Pero al igual que Pilato, Herodes no pudo encontrar nada en el hombre que mereciera la muerte. Así que envió a Jesús de regreso a Pilato para su quinto y último juicio.

Los astutos líderes judíos, conociendo que la posición de Pilato ante el César era precaria, reunieron a un grupo de judíos para que esperara en las escaleras de la fortaleza Antonia, la guarnición militar donde residía Pilato cuando estaba en Jerusalén. La inquieta muchedumbre representaba una amenaza semi velada de un levantamiento si el gobernador no accedía a los deseos del Concilio Supremo. Pilato,

JOSÉ CAIFÁS

José Caifás era el sumo sacerdote de los judíos en el año 33 d. C. Según la ley judía el oficio de sumo sacerdote se heredaba, pero los romanos habían usurpado el derecho de designarlo con el fin de asegurar la cooperación de Israel con Roma. Como sumo sacerdote, Caifás presidía el Concilio Supremo y realizaba deberes religiosos rituales, que incluían entrar en la cámara sagrada del templo, llamada el Lugar Santísimo, para ofrecer el sacrificio anual de expiación por el pueblo judío. Caifás era más pragmático que religioso. Estaba dispuesto a emplear todos los medios necesarios, fueran éticos o no, para llevar a cabo sus propósitos. Este pragmatismo lo llevó a amonestar a su consejo por titubear sobre qué hacer con Jesús, y les aconsejó matarlo en lugar de correr el riesgo de una posible revuelta que provocaría la ira de Roma.

quien ya temía un motín en la Pascua, sentía cada onza de la presión que los judíos estaban aplicando.

Sin embargo, Pilato resistió. Aunque era un político indiferente, acostumbrado a torcer la justicia a su voluntad, su conciencia no estaba completamente muerta. No quería condenar a este hombre que claramente no merecía la pena de muerte. Su inquietud se incrementó con la insistencia de su esposa para que dejara libre a Jesús porque había tenido un sueño preocupante que indicaba que él era inocente. Pilato buscaba desesperadamente un camino intermedio que le permitiera salvar a Jesús y apaciguar a los inflexibles judíos.

Pilato hizo azotar brutalmente a Jesús, pensando que tan severo castigo satisfaría el apetito sangriento de los judíos. Cuando eso fracasó en conmoverlos, trató de liberar a Jesús por medio de una antigua costumbre romana que permitía dejar en libertad a un prisionero judío condenado, habitualmente un insurrecto, como un favor a los judíos durante su semana santa. Pero la multitud, enfurecida e incitada por los líderes judíos, no quiso saber nada al respecto. Ellos gritaron una y otra vez: «¡Crucificalo! ¡Crucificalo!» (Lucas 23:21).

Pilato ahora temía una revuelta total si no les concedía su demanda. Él se rindió y entregó a Jesús a los soldados romanos para su crucifixión. En un vano intento por evadir la responsabilidad de su acto cobarde, ordenó traer un recipiente con agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo, «Soy inocente de la sangre de este hombre. La responsabilidad es de ustedes» (Mateo 27:24).

Después de ver a Jesús condenado, una profunda ola de remordimiento abrumó a Judas Iscariote. La bolsa de piezas de plata que había codiciado ahora se levantaba como una acusación en su contra. No podía guardarlas por más tiempo. Las llevó a los principales sacerdotes y confesó su pecado, diciendo: «Traicioné a un hombre inocente». Los funcionarios cruelmente replicaron: «¿Qué nos importa? [. . .] Ese es tu problema» (Mateo 27:4).

PONCIO PILATO

Pilato era un político romano que fue nombrado gobernador de Judea por el emperador Tiberio en el año 26 d. C. Odiaba a los judíos y ellos lo odiaban a él por su inflexibilidad, brutalidad y falta de misericordia. En su libro clásico *The Life of Christ (La vida de Jesucristo)*, James Stalker describe este odio mutuo: «[Pilato] aborrecía a los judíos a quienes gobernaba, y en momentos de cólera derramaba libremente la sangre de ellos. Los judíos correspondían con pasión a su aborrecimiento y lo acusaban de todo crimen, mala administración, crueldad y robo. Visitaba Jerusalén con la menor frecuencia posible; porque en verdad, para una persona acostumbrada a los placeres de Roma, con sus teatros, baños, juegos y sociedad [libertina], Jerusalén, con su religiosidad y el espíritu revoltoso de sus habitantes, era una residencia triste»¹. Pilato estaba en la situación precaria de gobernar a un pueblo que no era el suyo, y cuando llegó el momento del veredicto de Jesús, eligió su reputación por encima de su conciencia.

Ese fue el golpe final para Judas; no pudo soportar por más tiempo el peso de su culpa. Arrojó al suelo del templo el dinero manchado de sangre, salió corriendo y se ahorcó.

El rey es asesinado

La crucifixión, una invención romana, era posiblemente la forma de ejecución más brutal, dolorosa e inhumana ideada alguna vez. Consistía en clavar las manos y los pies de la víctima a una cruz de madera puesta en pie. El dolor era muy agudo y no había manera de que la persona en la cruz pudiera encontrar alivio. Cuando alguien cuelga de esta manera con los brazos estirados hacia afuera, los

pulmones se comprimen, por lo que es imposible respirar profundamente. La muerte generalmente sobrevénía por asfixia.

Mientras Jesús colgaba en la cruz, los soldados romanos apostaron por su ropa, cumpliendo así la profecía del Salmo 22:18: «Se reparten mi vestimenta entre ellos y tiran los dados por mi ropa». A estas alturas todos los discípulos de Jesús lo habían abandonado excepto Juan, quien estaba al pie de la cruz consolando a la afligida madre de Jesús, María.

Mientras Jesús jadeaba con sus últimos suspiros, la misma tierra y el cielo reflejaron indignación por el evento: que la humanidad hubiera asesinado al Hijo de Dios. Así describe Lucas la escena:

Ya era alrededor del mediodía, y la tierra se llenó de oscuridad hasta las tres de la tarde. La luz del sol desapareció. Y, de repente, la cortina del santuario del templo se rasgó por la mitad. Después Jesús gritó: «Padre, ¡ encomiendo mi espíritu en tus manos!». Y con esas palabras dio su último suspiro. LUCAS 23:44-46

A menudo, las víctimas colgaban vivas en sus cruces por días. Jesús, sin embargo, sucumbió después de solo seis horas, sin duda debido al terrible sufrimiento que había experimentado antes de su crucifixión. Había estado despierto toda la noche y había sido obligado a caminar casi cinco kilómetros entre los lugares de sus cinco juicios. Había sufrido dos palizas, una ordenada por Caifás y la otra cuando fue azotado con látigos romanos. La segunda paliza había dejado su espalda en jirones, causando una profusa hemorragia y exponiendo capas de músculo y hueso. Una corona de zarzas espinosas había sido forzada sobre su cabeza, causándole un dolor implacable, sin mencionar el sangrado adicional. Ya estaba tan débil que no pudo cargar la viga horizontal de la cruz hasta el lugar de su ejecución, que era lo que habitualmente se obligaba a hacer a los condenados.

Mientras se acercaba el final del día, los líderes judíos, asumiendo que Jesús estaba vivo, pidieron a Pilato que le rompieran los huesos de sus piernas para que muriera antes de la puesta del sol. El día de descanso comenzaría a las seis de aquella tarde, y era contra la ley judía dejar a un cadáver sin sepultar en el día de descanso. Romper las piernas de las víctimas crucificadas hacía imposible que se impulsaran hacia arriba para aliviar la presión de sus pulmones, acelerando así el proceso de asfixia.

Pilato dio la orden, y se asignaron soldados romanos para que llevaran a cabo esta triste tarea. Pero cuando se acercaron a Jesús, él parecía ya estar muerto. Para estar seguro, un soldado clavó profundamente una lanza en su costado. Sangre y agua brotaron de la herida, indicando que el suero sanguíneo ya había comenzado a separarse en sus componentes, una clara señal de que el corazón ya no latía.

Con estos dos actos —dejando intactas las piernas de Jesús y perforando su costado— los soldados romanos cumplieron inconscientemente dos profecías más acerca de Jesús: «El SEÑOR protege los huesos de los justos; ¡ni uno solo es quebrado!» (Salmo 34:20) y «Me mirarán a mí, a quien atravesaron» (Zacarías 12:10).

Entre los miembros del Concilio Supremo había un hombre rico llamado José, quien venía de una ciudad de Judea llamada Arimatea. José era un seguidor de Jesús y se había opuesto a la decisión del consejo de procurar su muerte. Él fue a Pilato en secreto (para ocultar su acción de sus colegas), y pidió hacerse cargo del cuerpo de Jesús.

José, ayudado por Nicodemo, otro miembro del Concilio Supremo quien secretamente seguía a Jesús, tomó el cuerpo, lo trató con treinta y tres kilos de unguento perfumado, una mezcla de mirra y áloe, y lo envolvió herméticamente en varias capas de mantos fúnebres tradicionales. Pusieron el cuerpo sobre una losa de piedra en una tumba recién excavada perteneciente a José, cumpliendo así con otra profecía: «Fue enterrado como un criminal; fue puesto en la tumba de un hombre rico» (Isaías 53:9). Luego los dos hombres,

sin duda ayudados por amigos o personal contratado, rodaron una enorme piedra en forma de disco para cubrir la abertura.

La noche en la tumba

Los miembros del Concilio Supremo estaban muy conscientes de que Jesús había predicho que resucitaría al tercer día después de su muerte. Para evitar que sus discípulos robaran el cuerpo y afirmaran que había resucitado, los líderes pidieron que Pilato sellara la tumba y pusiera allí soldados romanos para guardarla hasta que hubieran pasado tres días. Pilato les concedió su petición. La piedra que cubría la tumba fue asegurada con un sello romano, y se apostó allí una guardia romana de cuatro a dieciséis soldados para prevenir que alguien se acercara a la tumba.

Si el relato bíblico del arresto de Jesús, de los juicios y de la crucifixión terminara aquí, sería una historia verdaderamente sombría —una tragedia nunca antes vista por la raza humana. Pero esto es lo que sucedió después:

¡De repente, se produjo un gran terremoto! Pues un ángel del Señor descendió del cielo, corrió la piedra a un lado y se sentó sobre ella. Su rostro brillaba como un relámpago, y su ropa era blanca como la nieve. Los guardias temblaron de miedo cuando lo vieron y cayeron desmayados por completo. MATEO 28:2-4

La resurrección de Jesús había comenzado.

+ + +

¿POR QUÉ TUVO QUE MORIR JESÚS?

Este capítulo describe el primero de dos eventos determinantes en la vida de Jesús que muestran por qué vino a la tierra. En primer lugar,

vino a morir, y en segundo lugar, para ser resucitado a una vida nueva. Estos dos eventos no pueden separarse, porque uno está supeditado al otro. Sin embargo, es importante notar lo que la muerte de Jesús hizo por la humanidad, incluso antes de que ocurriera la resurrección.

Podemos ver la importancia que Dios da a la muerte de Jesús mediante el hecho de que casi una quinta parte del Evangelio de Lucas, una cuarta de Mateo, y alrededor de un tercio de Juan y Marcos se dedican a sus horas finales. Esto es apropiado cuando consideramos que su propósito principal al venir a la tierra era morir. En ese sentido, él fue más importante para nosotros en la muerte que en la vida. Para entender por qué la muerte de Jesús es tan importante para nosotros, tenemos que volver al principio.

Todo comenzó en el Edén

La Biblia nos dice que en el principio Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y en perfecta relación con él. Pero Dios también les dio la libertad de elegir si vivían bajo el mejor plan que él tenía para sus vidas o si vivían bajo sus propios términos. Trágicamente, cuando le pusieron atención a Satanás, quien apareció en la forma de una serpiente, y comieron el fruto del infame árbol prohibido, eligieron rechazar a su creador y convertirse en sus propios amos. Sin embargo, en lugar de obtener independencia, ahora vivían bajo la tiranía de Satanás.

Con esta decisión se produjeron las muertes inevitables de Adán y Eva. Dios es la fuente de la vida, y al rechazarlo, la primera pareja se condenó a sí misma a la muerte. Hay una ley preestablecida en el universo: «La persona que peque es la que morirá» (Ezequiel 18:20). Nuestro problema es el mismo que el de ellos, porque heredamos su naturaleza y el resultado de su elección pecaminosa, y hemos vivido la vida que ellos nos transmitieron —una vida de orgullo y rebelión contra Dios.

Pero Dios amó a este primer hombre y a esta primera mujer, y no

COSTUMBRES FUNERARIAS DE LOS JUDÍOS

Una tumba como la que pertenecía a José de Arimatea era solo un lugar temporal para poner el cuerpo mientras pasaba por las etapas naturales de descomposición. Después de un año o algo más, los restos óseos eran recogidos y colocados en un osario, o caja para huesos, para luego ser enterrados de manera permanente, por lo general, dentro de la pared de la tumba. El papel desempeñado por José de Arimatea en la sepultura de Jesús se relata en los cuatro evangelios, pero después de ese evento nunca se le menciona otra vez. Una leyenda dice que llevó el evangelio a Bretaña y que allí estableció la primera iglesia cristiana. Aparece en las leyendas artúricas como el guardián del Santo Grial.

estaba dispuesto a abandonarlos —o a nosotros, sus descendientes— a las garras de la muerte. En su sabiduría y su gracia, Dios prometió a la pareja condenada que enviaría un libertador que aplastaría el poder del pecado y de Satanás, y liberaría a la gente de las garras de la muerte (Génesis 3:15).

Esta solución llegó con gran costo para Dios, porque significaba que él proveería un rescate para liberar a la humanidad de Satanás. Ese rescate no sería otro que el propio Hijo de Dios, a quien conocemos como Jesús. Permitiría que lo enviaran a él a la muerte en lugar de a la gente a quien amaba. Jesús confirmó explícitamente esto a sus seguidores cuando dijo que había venido a la tierra «para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:45).

En el libro de C. S. Lewis, *El león, la bruja y el ropero*, vemos este principio de rescate retratado en una vívida narración. El gran león Aslan, el hijo del gran «Emperador más allá de los mares», es la figura

de Cristo en estas historias. Él se ofrece a sí mismo a la malvada reina que ha esclavizado a Narnia, y le permite ejecutarlo en lugar de un niño que se ha condenado a sí mismo por comer su golosina mortal. De la misma manera, Jesús, quien es el Hijo de Dios, vino a la tierra para ofrecerse a sí mismo como rescate por nuestros pecados, liberándonos así de la condenación eterna.

La historia dice que los romanos crucificaron a Jesús. El profeta Isaías dice que Dios lo hizo (Isaías 53:4). Pedro acusó a los judíos de crucificarlo (Hechos 2:23). Pero la verdad es que *nosotros* lo crucificamos. Él murió por nosotros.

En última instancia, nosotros somos los culpables de la crucifixión de Jesucristo. Los romanos y los judíos fueron simplemente los instrumentos que provocaron su muerte. Él tomó el castigo que merecemos y llevó a la tumba el terrible peso de nuestra culpa. Dios escogió lo mejor que el cielo podía ofrecer, su propio Hijo, y lo envió aquí a morir con el fin de pagar el castigo por nuestros pecados.

Las cinco respuestas a la muerte de Jesús

A pesar de lo crucial que es la muerte de Jesús, no todo el mundo reacciona ante ella de una manera positiva. Algunas personas son indiferentes, otras son antagónicas y otras más son agradecidas. Las personas que presenciaron la crucifixión de Jesús reflejaron todas estas actitudes, y estas son precisamente las mismas actitudes que tienen las personas con respecto a Jesús hoy.

LAS MASAS RESPETUOSAS

Lucas 23:33, 35 dice que cuando Jesús y sus verdugos «llegaron a un lugar llamado “La Calavera”, lo clavaron en la cruz. [. . .] La multitud observaba». Masas de gente estaban allí ese día, viendo morir al Rey de reyes. Eran meros espectadores; no se sintieron afectados ni se involucraron. Ellos vieron la escena con simple curiosidad. Sin duda, muchos de ellos habían presenciado a Jesús predicando y haciendo

sanaciones; quizás hasta lo habían respetado como a un gran maestro y hacedor de milagros. Pero para ellos, su muerte era solo la de un buen hombre quien, desafortunadamente, había entrado en conflicto con las autoridades.

Tal vez la gran mayoría de las personas hoy son como las masas respetuosas. Simplemente miran sin involucrarse. Respetan a Jesús como a un gran hombre que puso su vida en juego, pero su muerte no tiene ningún efecto sobre ellas. Ven el Viernes Santo como un día más del calendario y nunca se detienen a considerar su significado crucial para su vida ahora y para su futuro eterno.

LOS LÍDERES RELIGIOSOS

Los escribas, los fariseos y los miembros del Concilio Supremo —aquellos a quienes acudían los judíos en busca de orientación— se burlaron de Jesús mientras él moría en la cruz, diciendo: «Salvó a otros [. . .] que se salve a sí mismo si de verdad es el Mesías de Dios, el Elegido» (Lucas 23:35). Mateo nos muestra toda la extensión de la burla, reportando el insultante lenguaje corporal. La gente «movía la cabeza en forma burlesca. “¡Pero mírate ahora! —le gritaban—. Dijiste que ibas a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días. Muy bien, si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz”» (Mateo 27:39-40).

Intentando burlarse del Señor con sus propias palabras, los líderes religiosos no comprendieron dos puntos cruciales. El primero era que el templo al cual él se refería era su propio cuerpo, no el templo de Jerusalén. Estos líderes religiosos destruirían su cuerpo, pero volvería a la vida en tres días. Segundo, no entendían que Jesús poseía todo el poder necesario para descender de la cruz. Pero fue por el bien de ellos —por el bien de todos nosotros— que él contuvo su poder. Si él se hubiese bajado y salvado a sí mismo, toda la población del mundo —pasada, presente y futura— habría sido condenada eternamente.

Los sumos sacerdotes, los escribas, los fariseos y los ancianos, por

no mencionar a todo el Concilio Supremo, deberían haber sido quienes lideraran a la gente a creer en su Mesías. Pero en vez de eso, ellos se burlaron del Salvador del mundo. Tristemente, lo mismo sucede también hoy en día. Algunas personas se esmeran en burlarse de Jesús y de sus seguidores. Lo que no saben es que el silencio de Dios ante la burla no es porque él sea impotente, sino más bien porque es paciente, esperando el momento adecuado para que su gloria completa sea manifestada.

LOS SOLDADOS ROMANOS

Estos hombres estaban entrenados en el arte de la brutalidad, y se podría argumentar que los soldados simplemente estaban haciendo su trabajo. Pero en realidad hicieron más que eso. No le mostraron nada de respeto a Jesús. Se burlaron de él sin piedad. Incluso sortearon su ropa a los pies de la cruz. Estos eran hombres endurecidos que veían la muerte de Jesús como una parte más de su deber militar, y en pro de la diversión, ridiculizaron lo que no entendían.

Aunque vivimos en una época que se enorgullece de la tolerancia religiosa, aún hay «soldados romanos» hoy: aquellos que se esfuerzan por rechazar a Cristo y perseguir a sus seguidores. Esto puede ocurrir de maneras físicas, pero también puede suceder en formas más sutiles como el rechazo y la discriminación.

EL LADRÓN QUE LO RECHAZÓ

Tres hombres fueron crucificados ese día: Jesús y dos ladrones. Ambos ladrones fueron ejecutados con justa causa por su mal comportamiento. Uno de ellos, un hombre depravado, colmó de abuso a Jesús, mientras todos morían colgados en sus cruces. «¿Así que eres el Mesías? Demuéstralo salvándote a ti mismo, ¡y a nosotros también!» (Lucas 23:39). Aunque la puerta oscura de la muerte estaba abierta de par en par, preparada para recibirlo, el ladrón se negó a arrepentirse de su pecado o volverse a aquel que podía perdonarlo.

Algunas personas todavía rechazan a Jesús, incluso en su última hora. Saben que solo él puede cerrar la puerta de la muerte y abrir la puerta a la vida eterna, pero se ven frenados por su propio orgullo.

EL LADRÓN ARREPENTIDO

El otro ladrón, sabiendo que estaba siendo crucificado al lado de un hombre inocente, reprendió a su compañero por su burla: «¿Ni siquiera temes a Dios ahora que estás condenado a muerte? Nosotros merecemos morir por nuestros crímenes, pero este hombre no ha hecho nada malo». Luego dijo: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”» (Lucas 23:40-42).

El ladrón arrepentido nos sirve de recordatorio que en tanto que nos quede aliento, no es demasiado tarde para volvernos a Cristo. Aún después de vivir una vida de pecado, las personas pueden verse a sí mismas por lo que son y volverse a Jesús para la salvación.

¿En qué grupo se encuentra usted?

Considere su propia respuesta a la muerte de Jesús. Cada persona sobre la tierra está representada en el lugar de la cruz por uno de los grupos presentes en su crucifixión. Eso lo incluye a usted y me incluye a mí. La pregunta que debe hacerse es: «¿En cuál grupo estoy?». ¿Se burla de Jesús como lo hicieron los líderes judíos, los soldados romanos y el ladrón impenitente? ¿Simplemente lo ve con indiferencia igual que lo hicieron las masas respetuosas? ¿O sigue el ejemplo salvador del ladrón arrepentido?

Nuestros pecados son manchas profundas que pueden ser quitadas de nuestra alma solo si los ponemos en la cruz con Jesús. Si usted no le ha entregado sus pecados a él, sepa que este es un asunto de vida o muerte. Dios lo invita a pedir perdón, a aceptar lo que Jesús hizo por usted y a dejar que él lleve sus pecados a la cruz.

Si usted ya es cristiano, su llamado es examinar su vida regularmente a la luz de la cruz. Vuelva su mirada hacia la cruz con frecuencia

para ver el alto precio que fue pagado por su redención. Así como el niño en Narnia fue redimido por la muerte de Aslan, usted ha sido redimido por la muerte de Jesús. «El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo» (1 Pedro 1:18-19, NVI). Este fue el propósito de la venida de Jesús a la tierra. Él vino a tomar la muerte que merecíamos, liberándonos así de las garras de Satanás.

Sin embargo, el proceso de redimir a la humanidad de la muerte no estaría completo sino hasta después de la resurrección de Jesús, un evento que exploraremos en el siguiente capítulo.